



Número de 8 páginas

LA MILICIA Y EL TERCIO

¿Tendremos que repetir una vez más que en eso de las Juntas militares de Defensa, o como quiera llamárselas, solemos aplaudirlas o censurarlas según el fin que en cada caso se propongan? Nos parecieron buenas, providenciales, liberales, democráticas, en 1917, cuando se pronunciaban contra el favoritismo, el nepotismo y las caprichosas arbitrariedades de la Corona, cuando nos parecía que luchaban por hacer del Ejército una Milicia Nacional y no una Guardia Cesariana, y nos parecieron malas, antiliberales, reaccionarias, cuando en 1919 quisieron actuar de Policía. Y lo que hay que poner sobre todo es que en ningún caso han luchado contra el poder civil. Lo que aquí se ha opuesto a las Juntas esas no ha sido un poder civil. La Corona no es un poder civil, ni lo es el Gobierno, que sirve a la Corona y no a la Nación.

Esa guerra de Marruecos no es, oficialmente, una guerra. Esa guerra de Marruecos no es, oficialmente, más que una operación de policía internacional. No se trata en ella, oficialmente, de conquistar un territorio para agregarle al de España; tratase, oficialmente, de imponer a súbditos del sultanato de Marruecos, sin que dejen de ser tales súbditos un protectorado. Y a esta empresa, que no es una empresa nacional, que es de inspiración dinástica; a esta empresa que la Nación no siente, como acaso sentiría la conquista si se creyera fuerte, a esta empresa se le ha querido llevar a un ejército nacional. Y como los soldados de la nación no la sienten, es inútil lo que sus oficiales y jefes, los oficiales y jefes de Ejército nacional, traten de hacer. No es cuestión de valor ni de competencia. No hay oficialidad militar, por valerosa y competente que sea, capaz de convertir en nacional y popular una empresa que no lo es. Y por eso hubo que formar el Tercio.

El Tercio, una legión de mercenarios, extranjeros algunos de ellos, sin patria los más, acudía a servir una empresa de

policía internacional que obedecía a compromisos de la Corona. Como los antiguos tercios de Flandes, sirvieron intereses dinásticos de la Casa de Austria, establecida en España, y no intereses nacionales de España misma. Servían intereses heredados de Carlos V de Alemania y no de Carlos I de España.

Ahora el espíritu de la Milicia Nacional ha hecho que se disuelva el Tercio Cesariano, la legión de mercenarios al servicio de intereses de la Corona. Y se quisiera que el Ejército nacional siga la guerra de Marruecos habría que nacionalizarla. Y si esto no fuera posible—que creemos que no lo es,—abandonarla.

Además se les ha tratado de cobardes a los oficiales y jefes del Ejército nacional, contraponiéndoles los del Tercio, y sin entrar a examinar el supuesto valor de los legionarios—el del aventurero a sueldo no suele ser valor que valga,—habría que ver lo que los jefes del Tercio hubiesen hecho al frente de soldados nacionales. Aparte de que se les elija a unos para ponerles en condiciones de mayor lucimiento y otorgarles por ello recompensas y atenciones, mientras que a otros se les pospone. Que si es cierto que sea justo recompensar al que se distingue, ello exige que se les coloque a todos en condiciones de igualdad para poderse distinguir.

Indudablemente el ascenso por mera antigüedad, sin atender a otros méritos, mata la emulación y no es justo; pero, ¿cómo y por quién se aguilatan los otros méritos? ¿En qué consisten? ¿Y cómo se les coloca a todos en condiciones de que puedan adquirirlos? Hay un voluntariado de servicios que en la milicia puede ser una fuente de inmoralidades. No puede ser voluntario, en el sentido que a este término se le da en este caso, el cumplir con el deber. Que tampoco los soldados nacionales son, en ese sentido, voluntarios. Y es inmoral que a los favoritos se les mande a puestos en que puedan lucirse o se les atribuyan méritos que deben a la colaboración de otros más abnegados.

La actitud de la milicia—o de la mayoría de ella—frente al Tercio está denunciando el sentido ambiguo de esa guerra que oficialmente no es guerra, sino operación de policía internacional, y en que no se trata ni de defender la patria amenazada ni de conquistar territorios para agrandarla, sino de sacar a la dinastía de un compromiso y de servir a turbias combinaciones de política internacional.

Miguel DE UNAMUNO.

